
El espectáculo cotidiano de las telenovelas

María Eugenia Suárez*



Desde sus inicios, hace más de cuarenta años, la telenovela ha sido objeto de múltiples transformaciones en cuanto a sus técnicas de producción y realización (para los pioneros del medio, se hacía radio por televisión), pero no en sus contenidos. Estudiar este género televisivo ha sido tarea de comunicólogos, sociólogos, semiólogos, etc; pero como algunos lo han dicho ya, "no se ha llegado a desentrañar el motivo de su encanto".¹

La telenovela ha caracterizado y, por que no, melodramatizado los hábitos sociales, las formas de conducta, el repertorio de valores convenidos en los que la sociedad vive inmersa.

Sabemos que "el mundo de la telenovela es la conversación, el conflicto interpersonal, mismo que se comenta una y otra vez entre los diversos personajes que la integran"², pero también es el objeto de conversación, casi rutinario, entre el auditorio. Para esos enormes públicos, pareciera ser que cada capítulo es el reflejo de su espacio privado, de la intimidad de los conflictos personales o un simple pasatiempo.

La telenovela, en algunas ocasiones, podríamos definirla como la moraleja de la televisión mexicana. Ocupa un papel muy importante en la creación y circulación de ideologías sobre el género (lo femenino/lo masculino). Esto se ve reflejado en el melodrama televisivo, que basa la mayoría de sus tramas en la superioridad de un sexo sobre el otro, como Octavio Paz ha dicho atinadamente: "en un mundo hecho a la imagen de los hombres la mujer es sólo el reflejo de la voluntad y querer masculino".³ La figura de la mujer es representada por las actrices, quienes encarnan siempre los mismos estereotipos: la novia bella y pura; la esposa abnegada y sufrida; la madre amorosa, buena y sacrificada; la mujer villana; la amante. En fin, la mujer queda convertida en el objeto amoroso u odiado. Recordemos telenovelas como "Rina", "Yesenia", "Yo no creo en

los hombres", "Teresa", "María Mercedes", "Rosa Salvaje", "Cuna de Lobos" o "Vivir un Poco", donde las historias de amor son tan fútiles que no salen de la vieja fórmula: "Encontré a X en compañía de Y", "Si X no está conmigo X no estará con ninguna".

Tomemos por ejemplo la telenovela "Corazón Salvaje", tercera readaptación de la novela de Caridad Bravo Adams que actualmente se transmite por el Canal 2, en el horario nocturno. La telenovela es estelarizada por Edith González (Mónica) y Eduardo Palomo (Juan del Diablo), bajo la dirección y producción de José Rendón y donde parecen como antagonistas principales Ana Colchero (Aimeé) y Ariel López (Andrés). La trama recoge, por un lado, el conflicto desde pequeñas entre dos hermanas desde pequeñas, conflicto que al paso de los años se convierte en el "eterno conflicto" de dos mujeres por el amor de un hombre (Juan). Y por el otro, el conflicto entre dos hermanos, hijos de un mismo padre pero con distintas mujeres: Juan del Diablo representa al hijo desnaturalizado, salvaje, y Andrés al hijo legítimo, recto, con clase. La pareja estelar, a quien la sociedad dificulta realizar su pasión, vive mil y un avatares para poder consolidar su amor.

Catalina (Madre de Aimeé y Mónica): Andrés, por favor, entiendo que estés indignado y muy dolido.

Andrés: Usted tía, ni idea tiene de cómo me siento y no me interesa explicarle. Sólo vine a comunicarle mi decisión. No quiero que la pérdida que tiene por hija vuelva a cruzarse en mi camino y que se mantenga alejada de mí, de mi madre. Además, a partir de este momento dejará de usar mi apellido porque

* Profesora de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación del ITESO.

como esposa la repudio. Y también le informo que voy a iniciar los trámites de divorcio por adulterio.

Así, los diálogos en las telenovelas muestran un fragmento hasta cierto punto ficticio de la realidad, pero esto no significa que las audiencias no se identifiquen con lo que sucede en ese espectáculo cotidiano que pretende la homologación de las experiencias. "En las telenovelas el mundo es, como suele decirse, un pañuelo."⁴

Aimeé: Ojalá Juan lo haya matado (a Andrés).

Catalina: ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no te das cuenta de la tragedia que se ha desatado sobre nosotras? ¿Y si pasa algo irremediable entre ellos? ¿Crees que la gente no se va a preguntar por qué sucedió? ¿Y si el motivo trasciende? ¿Si empiezan a sospechar que tú y Juan?... Virgen del Cielo, no quiero ni pensar lo que puede suceder, lo que van a decir de ustedes y de mí.

En este diálogo la denuncia se vigoriza siempre con los mismos elementos: la infidelidad, la poligamia, la lujuria, sentimientos inadecuados, vivencias reprobables y toda clase de cosas vergonzantes que conducen al develarlos al límite de su resolución.



Tal parece que la única denuncia que se establece es contra la transgresión de los valores establecidos, separar lo bueno y lo malo, censurar y sancionar negativamente todo aquello que vaya en contra de la moral y las buenas costumbres. La televisión y sus telenovelas es el juicio eterno esencialmente familiar.

Catalina: Hija, el divorcio va a ser la muerte moral y civil, todo el mundo se va a enterar de lo que hiciste.

Aimeé: Mejor.

Catalina: ¿Mejor? ¿Te has vuelto loca Aimeé? ¿Cómo puedes decir eso? Vamos a caer en la deshonra, en la ignominia.

Aimeé: ¿Lo puedes evitar? ¿Y entonces?

Catalina: Pero podemos insistir Aimeé, podemos rogar, suplicar a tu tía Sofía. (madre de Andrés).

Aimeé: De ninguna manera. Yo no voy a arrastrarme ante nadie y mucho menos ante mi tía. ¿Quieres que te diga algo? Me alegro que esto haya pasado. Es como si me hubieran quitado un horrible peso de encima, ahora voy a ser libre, libre de hacer lo que quiera.

Catalina: Pero estás completamente loca Aimeé. ¿Cómo puedes decir que te alegras? Aimeé, hay que encerrarte en un manicomio.

Las telenovelas han sido definidas desde una diversidad de enfoques, pero lo que es un hecho es que han creado un imperio del hábito y una costumbre frente al espectador. Sin ser un diario de acontecimientos que tenga una vinculación real con el quehacer social y cultural es, sin embargo, un diario en el que se reconoce la imaginación, los anhelos, las expectativas, las emociones. La telenovela es la ironía de lo que se supone es la vida y lo que nada tiene que ver.

Sofía: ¿Divorciarse... pero ha perdido el juicio?

Alberto: Bueno, pero el divorcio es algo que nuestras leyes contemplan.

Sofía: Pero eso es para los desvergonzados, para los que no les importa la decencia ni el buen nombre. ♦

Notas

1. Rebeil, María A. y Nora Garro. "De Telenovelas", en *Revista Topodrilo*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.
2. *Ibidem*.
3. Paz, Octavio. *El Laberinto de la Soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.
4. Mejía Barquera, Fernando. "Telenovelas: la repetición es el infierno", en *El Nacional Dominical*, *El Nacional*, México, 21 de junio de 1992.